

# Adiós Sahara, adiós

Antonio López Romero



Campamento de refugiados saharauis en Tinduf (Argelia)

La historia del siglo XX y de lo que llevamos de XXI confirma que la política exterior española se decide en la Casa Blanca y no en Bruselas. La Unión Europea no ha conseguido en más de 65 años de existencia tener una política de asuntos exteriores común y solidaria con todos los estados miembros. De lo contrario, la colonia de Gibraltar no existiría.

Mientras, el amigo americano, da igual que gobiernen republicanos o demócratas, va siempre a lo suyo. Su estrategia con España es la de presionar, influenciar e intrigar para conseguir sus propósitos, a cambio de unas migajas como compensación. Es su forma de tratar a países insignificantes para ellos. Nuestros amigos yanquis ya nos dejaron el pufo radiactivo de Palomares en 1966 y siguen haciéndose los sordos cuando desde España se les ha sugerido su intervención decidida en una limpieza y descontaminación radiactiva de una amplia zona de la costa de Cuevas del Almanzora. Palomares, por cierto, tenía el deshonroso honor de ser la zona de mayor contaminación radiactiva de Europa, hasta que pasó lo de Chernobil en mayo de 1986.

Por esa razón, por el riesgo de ataque nuclear ruso que supone tener bases militares norteamericanas en suelo español y por otras aventuras bélicas en las que nos han metido con una dudosa legalidad y unos resultados nefastos en Oriente Medio, todo el mundo esperaba con atención y confiaba en que la administración demócrata de Biden tomase una posición justa para el Sahara Occidental.

Los más esperanzados creían que Estados Unidos apoyaría a España y a la antigua resolución de Naciones Unidas de celebrar un referéndum de autodeterminación para la antigua colonia española, resolución pendiente de cumplirse desde 1975, año en que España abandonó a su suerte a los saharauis.

Desde ese momento, una población autóctona trasladada a los campamentos de Tinduf en Argelia esperaba durante décadas que la comunidad internacional y los estados democráticos occidentales impusieran su criterio al régimen absolutista de Marruecos. Pero todo ha quedado en una quimera y en un engaño burdo en el que España ha sido cooperante necesario.

La cosa es así de simple. Estados Unidos, aprovechando la guerra de Ucrania y asumiendo las tesis de Donald Trump, decide entregar el antiguo Sahara Español a Rabat. A cambio, la monarquía alauita se convierte en el máspreciado aliado árabe en el Norte de África y el Magreb y asegura el bloqueo absoluto hacia cualquier intentona democrática que pudiese derivar en unas elecciones libres ganadas eventualmente por un partido islámico. Y es que desde lo de las Torres Gemelas de Nueva York, los norteamericanos tienen como obsesión perseguir el integrista islámico allí donde se encuentre. Y reforzar la imagen de la monarquía absoluta marroquí ante su propio pueblo es el antídoto perfecto para que Marruecos siga siendo un fiel aliado de occidente. Tampoco es que España haya conseguido en tantos años de aventura europeísta el respaldo de los pesos pesados de la unión, como Francia y Alemania, con sus propios intereses y ansias de influencia pasando por encima de los intereses españoles.

Así que, aprovechando que todo el mundo miraba para Ucrania, Biden envió a una alta funcionaria a informar a nuestro ministro de Asuntos Exteriores de cuáles serían las nuevas reglas del juego: España renuncia a la idea del referéndum de autodeterminación para los saharauis y a cambio Marruecos deja de tocar las narices con las avalanchas de inmigrantes en Ceuta y Melilla, las pateras y demás formas de presión y hostigamiento que la diplomacia alauí domina a la perfección. Y el premio gordo se lo lleva Marruecos, que obtiene el Sahara Occidental y se olvida de sus pretensiones sobre Ceuta, Melilla y Canarias.

—¿Y qué vamos a hacer cuando se enfaden los argelinos y nos cierran el grifo del gas natural? —debió preguntar el ministro español.

—De los argelinos nos encargamos nosotros. Harán mucho ruido pero no se atreverán a ninguna represalia —debió responder la enviada yanqui.

—Pero, el asunto del Sahara Occidental ha sido uno de los santos y señas de la izquierda española que ha apoyado explícitamente al Frente Polisario. Hay relaciones de amistad, de cariño, de acogida de niños saharauis todos los años — debió responder el español.

—Este anuncio que vengo a hacer en nombre del presidente Biden no es negociable. Lo cumplirán sin más o habrá consecuencias para la economía española y Marruecos les seguirá haciendo la vida imposible —respondió definitivamente la yanqui.

Siguiendo la forma chusca con que la opinión pública ha conocido este tema, los marroquíes se apresuraron en dar la buena nueva informativa quedando como los ganadores de esta guerra fría que mantienen con España desde los años 60.

Y este es el fin de un largo sueño de libertad que se pierde entre las arenas del desierto. El futuro dirá si los argelinos nos cierran o no el grifo del gas y si los marroquíes respetan sus compromisos adquiridos con los yanquis para la estabilidad migratoria en el estrecho. Compromisos de dudosa legalidad que no se han plasmado en el texto de un acuerdo o tratado de obligado cumplimiento y que ofrezca al menos algún tipo de garantías.

Somos un país de segunda, con una mentalidad acorde a nuestra nula influencia y una clase política poco preparada para destacar en el concierto internacional. En esa situación el que domina el inglés es Leonardo Da Vinci.

Como rezaba aquel chiste, España es grande, porque cabemos los norteamericanos y nosotros. Decididamente tras este cínico y vergonzoso acuerdo, ahora que estamos tan solidarios con la causa ucraniana, causa justa sin lugar a dudas, sería de justicia ofrecer a este pueblo errante sin patria que son los saharauis, la nacionalidad española y que pudiesen residir en nuestro país si ello fuese su deseo. Se estima que son unas 173.600 personas en los campamentos del desierto argelino. En España viven más de 865.000 marroquíes. Blanco y en botella.